

Jesús, ¡cuánto me queda por aprender de Ti!
Vivias en intensa y permanente oración, en un canto a la plegaria.

Te imagino siendo un niño camino al Templo, a la Casa del Padre para rezar... cuando recibes el bautismo de Juan y asumes tu misión redentora; durante cuarenta días en el desierto y fuiste tentado por el diablo... cada sábado en la sinagoga; la víspera de la elección de los doce Apóstoles; antes de comer; antes de la Transfiguración; cuando les explicas a los discípulos la Pasión; en el Huerto de los Olivos sudando sangre por tanto sufrimiento; en la angustia de la agonía, pediste que oraran contigo; durante la Crucifixión oraste por los ladrones y por los que te torturaban; en la hora de la muerte, cuando dijiste al Padre: "¡A tus manos entrego mi espíritu!"...

¿Qué nos enseña mi buen Jesús con tanto ejemplo de oración? Que la oración va íntimamente unida a la vida, a la realidad cotidiana, a las decisiones que hemos de adoptar. Que la única manera de ser fieles al proyecto de Dios en nuestra vida es quedarse a solas con Él y escuchar su susurro y sus palabras que llegan con el viento del Espíritu Santo.

Pero hay más. En los momentos cruciales de su vida, rezaba. Y Su rezo no apagó en Él la creatividad sino que compone el más bello y sublime salmo convertido en oración y que nos ha legado como plegaria esencial de nuestra vida cristiana: ¡el Padre Nuestro!

Que este tiempo de Adviento y de conversión interior
¡nuestras vidas sean, una verdadera escuela de oración!

!Señor, quiero permanecer en silencio ante Tu presencia y serenar mi corazón inquieto! ¡Quiero, Señor, postrarme ante Ti con todos mis sentidos despiertos para agradecerte todo lo que haces por mi! ¡Quiero, Señor, darte gracias por tanto amor que recibo a pesar de mis desprecios y mis silencios! ¡Quiero, Señor, vaciar mi corazón de tantos anhelos materiales y antojos de relleno, para aguardar tu

próxima venida libre de ataduras! ¡Quiero, Señor, detenerme un rato para ir a tu encuentro y, junto a Ti, al encuentro de los más necesitados de amor y de esperanza! ¡Quiero, Señor, escuchar el susurro de tu voz y permanecer en silencio para deleitarme con las buenas nuevas que tienes para mí! ¡Quiero, Señor, quitar de mi corazón los malos pensamientos, el orgullo, la vanidad, el egoísmo, la soberbia... para acogerte limpio de corazón! ¡Quiero, en la oración, Señor, prestarte toda mi atención para fijar mi rostro en tu rostro, mi mirada en tu mirada, mis ojos en tus ojos y callar para esperar tu misericordia! ¡Quiero, Señor, decirte que te amo aunque no se expresártelo mejor! ¡Quiero, Señor, que en este tiempo de Adviento envíes tu Espíritu Santo sobre mí para que me conviertas en aquello que esperas de mí! Amén